

REVISTA LITERARIA

DE

EL ESPAÑOL,

PERIODICO DE LITERATURA, BELLAS ARTES Y VARIEDADES.

N.º 7

DOMINGO 13 DE JULIO DE 1845.

ESTADO DE LA IGLESIA EN INGLATERRA.

SECTAS DISIDENTES.

HISTORIA DEL PUSEISMO.

ARTÍCULO I.

Reseña de la Iglesia desde el establecimiento del cristianismo hasta 1845.

De todos los asuntos que en diferentes épocas han ocupado y agitado la inteligencia humana, ninguno ha sido tan difícil de tratar como el de la Religión, en todos aquellos países en que ha sido sometida á discusión, y en que siempre se han mezclado las pasiones con los argumentos; pero donde mas se nota esto es en Inglaterra, donde casi se puede decir que cada hombre tiene su iglesia diferente, y por tanto la dificultad es tan grande, que es preciso remontarse hasta el origen para entender las divisiones que existen en nuestros dias.

Es cosa singular que los ingleses, que no forman un pueblo caprichoso ni variable, tengan tantos modos de pensar en un asunto tan sério, mientras que los franceses, á quienes tan sin compasión se acusa de afición ilimitada á cambios continuos, han permanecido tan firmes en la unidad de la religion; y esto no solamente en nuestra época, sino desde los primeros tiempos en que se adoptó el cristianismo. La constante oposicion de los ingleses á la iglesia de Roma, puede atribuirse principalmente al uso de la Biblia, que conocieron muy temprano, pues al revers de lo que dice la opinion general, que acusa de este hecho á la reforma, fue traducida al anglo-sajon en el siglo X para el servicio de su pueblo, por órden del rey Atkelstan, nieto de Alfredo, con el consentimiento del clero ingles, y á despecho de la desaprobacion de Roma. Difícil sería hallar otro motivo á la constante oposicion á la iglesia dominante, porque la autoridad del clero en Inglaterra no tenía el carácter tiránico y absoluto de la autoridad del clero frances. En realidad existía una notable diferencia, porque mientras que los primeros obispos de las Galias, especialmente bajo las dos primeras dinastías de sus reyes, estaban enteramente consagrados al príncipe y al sostenimiento de su poder absoluto, los de Inglaterra se inclinaban al pueblo, y se oponían con todo su poder á las innovaciones de los reyes. Había cierta comunidad de sufrimiento entre el clero y

el pueblo, de que generalmente se hallaban libres el soberano y la nobleza, en cuanto á las miserias que les acarreaban las repetidas invasiones de los dinamarqueses. El odio que estos salvajes feroces é idólatras profesaban al cristianismo, se manifestaba sin compasion contra los ministros de este culto. Incendaban sin lástima monasterios y alquerías; y si á veces, por razones de política, se libraban estas de las llamas, el saqueo se encargaba de arruinarlas, despojándolas de cuanto poseían. El clérigo y el campesino tenían un interes comun en aquellos desgraciados tiempos, intereses que hace aparecer bajo un carácter aun mas extraordinario las discusiones subsecuentes.

Desde el siglo quinto tenía Inglaterra hombres que pensaban con despreocupacion. El primero de alguna nota fué Pelagio ó Morgan, hombre muy estimado por la energía y claridad de su inteligencia y por la gran sutileza de su argumentacion. Predicó por primera vez su doctrina en las Galias, pero hallando pocas simpatías en aquel país mas ortodoxo, pasó á su patria la gran Bretaña, donde halló una acogida mucho mas favorable. Como gozaba de una alta reputacion de moralidad, y como sus doctrinas no se oponían á los principios fundamentales de la religion cristiana, pronto se vió al frente de un partido numeroso, que hubiera crecido considerablemente á no haber despertado el celo de los obispos galicanos una de sus opiniones, á saber: "que no existía el pecado original, y que por consiguiente los niños que morían sin bautismo no se condenaban." Los obispos se decidieron á destruir su doctrina, pareciéndoles que era sumamente peligrosa una opinion que declarando que no era necesario el bautismo, atacaba uno de los manantiales mas ricos de las rentas eclesiásticas. La iglesia galicana envió dos de sus mas sabios y elocuentes obispos para destruir con sus argumentos esta heregia que se extendía con rapidez. Celebróse en Verolam una reunion en que los extranjeros (S. Gumanas y S. Lúpulo) confundieron completamente á los herejes, y desterraron por algun tiempo del seno de la Iglesia la opinion pelagiana. Fundaron en seguida seminarios para instruir á la juventud inglesa y para difundir el saber, é hicieron otro beneficio á los ignorantes pero celosos ingleses, dándoles la liturgia que usaba la iglesia galicana, y que era muy diferente del ritual adoptado por la iglesia

de Roma. Establecieron sínodos, ó concilios generales de clérigos, en los cuales, aunque el clero ejercía mucho poder tanto temporal como espiritual, se fijaban límites á ese poder mismo; porque, aunque vemos que amenudo excomulgaban y aun castigaban á sus reyes, jamás se dice que los destronasen ó eligiesen; ni parece que creyesen poseer esta prerogativa. Obsérvase además que esta autoridad sacerdotal se ejercía sin la sancion de Roma, ni reconocimiento alguno de su jurisdiccion, pues ningun delincuente, cualquiera que fuese su rango, soñaba jamas en apelar de la sentencia de los preladados de su país.

Desde la primera época de la introduccion del cristianismo, la Iglesia de Inglaterra fué gobernada por tres arzobispos, á saber, el de York, el de Londres y el de Caer-leon, á quienes obedecian veinte y ocho Flamens ó obispos. El de York gobernaba en Nortamberland y Albany, el de Londres en Cornwall y el territorio del Norte hácia el Humber; y el arzobispado de Caer-leon abrazaba todo el país de Gales. Aun en aquellos remotos tiempos del cristianismo administraban estas importantes jurisdicciones hombres de prudencia y sabiduría. S. Gunauns y S. Lupus tuvieron dignos sucesores; y gracias á los esfuerzos de Dulvicius, de S. Brien, de S. Pol, de S. David y varios otros, abundaba mucho en esta época el saber eclesiástico en la Gran Bretaña.

Tan feliz estado de cosas no se hallaba destinado á durar mucho tiempo. Los sajones lograron penetrar en Inglaterra, y destruyeron el Estado, las leyes, el trono, todo menos la Iglesia en cuyo seno deseaban ardientemente ser recibidos. Mas tal era el odio que habian inspirado á los ingleses con sus crueldades, que los clérigos se negaban á instruirlos, ó á admitir en la Iglesia á los que tenian instruccion. Los sajones apelaron á Roma. Esta, cediendo á sus ruegos, envió á S. Agustin, y esta circunstancia echó las bases de esas pretensiones de autoridad, reclamada tan amenudo posteriormente, y reconocida por fin de un modo tan completo.

No es nuestro objeto por ahora escribir una historia completa de la Iglesia de Inglaterra desde su fundacion, sino aquella parte que pueda servir para ilustrar y explicar su situacion en este momento, y el origen y carácter de aquellas disensiones que han hecho que en nuestros dias las religiones de Inglaterra sean innumerables.

Ya hemos dicho que en las Galias la autoridad eclesiástica marchaba en armonía y buena inteligencia con la autoridad real. El príncipe no tenía amigos mas sinceros, criados mas fieles que las cabezas de la Iglesia galicana. Eran sus ministros, sus consejeros, sus compañeros, sus amigos, y á veces hasta sus generales. Casi siempre eran sus cronistas y siempre sus apologistas ó panegiristas. En cuanto al pueblo, eran sus mas duros opresores, sus gobernantes mas tiránicos, arrancándoles de las manos sus miserables recursos,

y, como la fiera de Inglaterra, Enrique VIII, el de las seis mujeres y corazon de hierro, "no perdonaban hombre en su ira ni mujer en su lujuria." En Inglaterra sucedia lo contrario; ejerciase la autoridad eclesiástica con lenidad relativamente al pueblo; y entre los siervos y vasallos de los grandes y nobles, los mas felices eran sin duda alguna los que pertenecian al clero. Administraban justicia con suavidad, y se complacian en educar á los hijos de sus vasallos, al menos á los que manifestaban alguna capacidad ó inclinacion á aprender elevándolos despues al sacerdocio; y aunque esto en muchos casos podia muy bien ser un simple cálculo de un egoismo refinado, producía sin embargo el mejor efecto en padres y parientes, y los unia á sus bienhechores tanto por los lazos de la gratitud como por los del deber, mientras que estos jóvenes, elevados á un rango superior al de sus iguales, generalmente llegaban á ser los súbditos mas felices y los miembros mas ardientes del clero. No separecia la conducta de los jefes de la iglesia de Inglaterra relativamente al príncipe, á la del clero francés. El poder de la Iglesia no se asociaba al de la corona para agoviar al pueblo, sino que se oponia á menudo al del soberano para castigar sus vicios, ó el escándalo causado por las injusticias de que eran víctimas sus súbditos. Mientras que los obispos de Francia se convertian en aduladores de la atroz conducta de Clodoveo y Clotario, cuyos crímenes refiere el obispo Gregorio de Tours, sin atreverse á condenarlos; mientras que eran bastante bajos para unirse contra un miembro de su propia corporacion, el desgraciado Pretasto, á quien engañaron y condenaron para dar gusto al abominable Chilperico, y á Fredegunda, mas abominable aun, el clero británico, al revés, castigaba con excomuniones á uno de sus reyes por haber asesinado á su amigo, y obligó á otro á hacer pública penitencia y dar abundantes limosnas por haber asesinado á un miembro de su familia, violando el mútuo juramento de amistad que se habian prestado uno á otro.

Ya hemos observado que los Bretones debian á la iglesia de las Galias sus primeros sínodos, sus primeras escuelas de instruccion y hasta su liturgia. Cuando los sajones hubieron sometido enteramente al país y decididose á adoptar la fé cristiana, conservaron rigorosamente las mismas instituciones y usaron la misma liturgia, aunque San Agustin, que les fué enviado de Roma á petición de ellos mismos, y para sus propios adelantos, se opuso con vehemencia á esta medida. Trató, por todos los medios que estaban á su alcance, de subyugarlos al poder de Roma, y empezó introduciendo formas nuevas y tratando de cambiar la liturgia. Convirtió los templos sajones dedicados á sus divinidades, en iglesias cristianas, y en esto encontró poca ó ninguna oposicion; mas no quisieron abandonar la liturgia que hallaron en uso, alegando que como pensaban volverse cristianos, no podian proscribir una forma de oracion cristiana. El buen Santo halló aun mayores disculpa-

des que vencer cuando empezó á hablar de penitencia y ayuno. Los sajones, muy aficionados á comer y beber bien, no quisieron escuchar semejantes proposiciones; y Agustín, aunque disponia de toda la autoridad del rey Ethelberto (uno de los primeros á quienes habia convertido) no pudo adquirir influjo sobre el pueblo, hasta que instituyó fiestas en aniversario de los santos, durante las cuales le permitia edificar tiendas de recreo al rededor de la iglesia del santo cuyo aniversario se celebraba, matar hueyes, y comer, beber y divertirse durante la celebracion. El pueblo breton era muy sóbrio: el sajón tenia las inclinaciones diametralmente opuestas, y San Agustín tuvo que concederles estas y otras indulgencias antes de conseguir que quisiesen siquiera escuchar las otras partes de sus proposiciones.

Ethelberto, el rey sajón, habia abandonado el paganismo, y gracias al cuidado y predicacion de San Agustín, se habia convertido en un sincero cristiano de la iglesia de Roma; pero ni su ejemplo, ni sus súplicas pudieron conseguir de sus obispos y diáconos que cambiasen la liturgia que hacia tanto tiempo se hallaba establecida, y que prestasen obediencia á la corte de Roma. Ellos se mantuvieron firmes en su independencia y obraron en conformidad con sus opiniones. Esto era insoportable al misionero romano, quien á pesar del esplendor con que vivia, y a pesar de haber sido consagrado metropolitano de la Gran Bretaña por el papa, con el consentimiento del rey, no podia disfrutar de tranquilidad mientras que el clero sajón y el británico vivian independientes de la autoridad espiritual de Roma. Viendo que la persuasion era inútil, invitó á los obispos á una conferencia; en que fue completamente derrotado por la firmeza y sabiduria de los obispos nacionales, á pesar de haber él preparado un milagro para ayudar á sus argumentos. Celebróse una segunda conferencia, á que asistió el clero inglés y el sajón; pero entretanto consultaron á un venerable ermitaño, hombre de gran reputacion, de sabiduria y santidad, en cuanto á la verdad de la mision de San Agustín; y el cenobita habia respondido que si el misionero era de espíritu humilde y manso, manifestando en sus modales la mansedumbre que debia distinguir al verdadero cristiano, debian creer en su mision, y no de otro modo. Por consiguiente cuando llegaron al punto de reunion y hallaron á este misionero cristiano sentado en una especie de trono, en que ni siquiera se puso en pie para recibirlos, sino que empezó á mandarles que observasen la cuaresma, y celebrasen el bautismo segun se hacia en Roma, dando expresion á estas órdenes con toda la pompa y altivez de un emperador romano; el clero se retiró lleno de disgusto, plenamente satisfecho de que su mision no venia de arriba, y por consiguiente se negaron á verificar cambio alguno en su iglesia. La escuela de Agustín no tuvo límites; insultó

á los obispos, y profetizó la destruccion del pueblo, profecía que él probablemente ayudó á cumplir trayendo contra ellos al rey de Nortumberland, quien les hizo mucho daño asolando el pais y destruyendo los seminarios.

Su sucesor Laurencio adoptó el mismo sistema, y con la misma falta de buenos resultados. Mientras que sufrían los horrores de la invasion los sajones no tenían tiempo para discutir asuntos religiosos: y cuando á veces se libraban de esta plaga, los príncipes volvían á sumergirse en la idolatría, y el clero mantenía con valor la independencia y la unidad de la Iglesia. Pero hacia el fin del siglo VII la corte romana tuvo la satisfaccion de que se sometiesen á su autoridad los sajones del Sur, mientras que sus clérigos eran ordenados por el Papa á por su representante; y se elevaba al rango de Primado: á un misionero italiano, el abad Wilfredo, hombre sabio; pero que segun nos cuenta Bede, debió su popularidad á haber enseñado al pueblo á pescar con redes en una época en que escaseó el trigo. Pero Wilfredo estaba demasiado empeñado en llevar adelante el proyecto del Papa Agatho que consistia en atraer á toda la Gran Bretaña al seno de la Iglesia, y adoptó medidas tan violentas y tan arbitrarias para alcanzar este fin, que pronto perdió la gracia del rey Egfrido, el poderoso soberano del Norte. El monarca creyó poder, en virtud de su prerogativa, que hasta entonces nadie habia negado, proveer las sillas episcopales de sus dominios sin el consentimiento de Wilfredo, que á la sazón era arzobispo de York. Este reconvino, se quejó, atacó á su soberano, y por último apeló al Papa. Agatho, no satisfecho con encomiar su conducta, tuvo la imprudencia de amenazar al rey y á su clero con la excomunion. Por supuesto semejante amenaza fué tratada con desprecio, pero aumentó considerablemente la irritacion del rey y de los prelados del clero inglés. Convocóse inmediatamente un sínodo en que se declaró pública y solemnemente que la iglesia británica y sajona quedaba entera y constantemente independiente de la iglesia de Roma, y esta vez la declaracion fué apoyada con toda la fuerza de la autoridad real. Wilfredo fué encarcelado, y sus pretensiones hallaron mas oposicion que nunca aun entre el pueblo.

Después de la muerte de Egfrido y de su inmediato sucesor, las intrigas de Wilfredo lograron mejor éxito cerca del rey Eadwulf. Después de pasar varios años en disputas furiosas, se celebró un concilio cerca del río Nid; en Escocia, y en él, ya fuese por convencimiento, ya por cansancio, los obispos sajones hicieron algunas concesiones muy importantes al Papa. Reunióse otro sínodo el mismo año en Alne, y otra vez se vió forzada la iglesia sajona á abandonar algunas de las prerogativas que con tanto trabajo habia ganado, y á confirmar la usurpada autoridad de Roma. Desde esta época la dominacion papal siguió ganando terreno en Inglaterra. Paulo V no

perdió jamás de vista este gran resultado; y la independencia de la iglesia británica, que por tanto tiempo se había conservado y por la que tanto se había combatido, recibió su último golpe de la política del Papa Adriano, quien declarándose por el rey Offa en una disputa ocurrida entre este príncipe y su clero, sobre el asunto de la investidura, concedió al monarca el importante privilegio de hacer sus propios obispos, con independencia de su primado. Este poder transferido al rey por el Papa, obligó al príncipe tanto por gratitud como por política á reconocer la supremacía de Roma; y Adriano estaba tan persuadido de la inmensa importancia de esta concesión, y tenía tal ánsia por aprovecharse de ella, que inmediatamente envió dos legados á Inglaterra, bajo pretexto de reformar la iglesia, pero en realidad para obligar al metropolitano de Inglaterra á aceptar los cánones de la iglesia de Roma. Ocurriendo poco después la unión de los siete reinos de la Heptarquía sajona en una familia de príncipes católicos, adicta personalmente á los papas, y que necesitaba de su apoyo, la jurisdicción romana se extendió por todas partes. En un corto espacio de tiempo, fué reconocida en toda Inglaterra; y desde esta época hasta la reforma, la autoridad de la iglesia romana siguió manteniéndose en Inglaterra, aunque combatida á menudo, y conmovida seriamente.

Ya hemos dicho que á los dos misioneros de las Galias, San Gumanas y San Lupus, debía en gran parte Inglaterra la fundación de varias escuelas eminentes, tanto para el estímulo del saber y de la ciencia como para la educación de la juventud sajona. Una raza de príncipes sábios y valientes sucedió en Inglaterra á su primer rey Egberto, cuyo valor y sabiduría lo habían colocado en el trono de los siete reinos. Algunos de estos poseían otras cualidades además de la prudencia natural y del valor. Eran amantes de las ciencias y generosos protectores del talento, que estimulaban donde quiera que se encontrase. Habíase fundado un seminario en Oxford, pero había sido destruido con otros. Alfredo el mas grande el mas sabio y el mejor de todos aquellos reyes, aunque pasó la mayor parte de su activa existencia defendiendo á su país de los dinamarqueses, y sosteniendo las ásperas guerras que eran consecuencia de sus invasiones, Alfredo tenía aun tiempo para cultivar por sí mismo las ciencias, y estimularlas con régia munificencia en los demás. En todas partes volvió á levantar los caídos seminarios, y convirtió á varios de ellos en magníficos colegios. Invitó de todas partes del continente á los monjes y clérigos mas sábios á pasar á Inglaterra. Bajo sus auspicios nació la universidad de Oxford, y se volvieron á edificar los ruinosos y abandonados monasterios, poblándose de ilustres habitantes. Por desgracia murió en edad poco avanzada; pero su hijo Eduardo siguió sus pasos, y á él debe Inglaterra la hermana de Oxford, la no menos célebre universidad de Cambridge. Los

soberanos que le sucedieron no manifestaron menor anhelo por la restauración del saber; y como toda la ciencia se reasumía en esta época, (el siglo IX) en el clero, no tardó este en obtener inmensas riquezas, y estensos é importantes privilegios, debidos ya á la política de unos reyes ya á la piedad de otros. La iglesia de Roma ya dominadora absoluta, durante algunos años después del establecimiento de su autoridad en Inglaterra, la ejerció con mucha blandura y consideración. Hasta el humillante tributo llamado *los peniques* de S. Pedro, instituido por la devoción de Ethelwulf el segundo rey, y que se pagaba con toda seguridad por Inglaterra á Roma como una pensión de un hijo á su padre, hasta este bajo reconocimiento de superioridad no despertaba muestras de aspereza ó insolencia en la Iglesia estraña; sino que era recibido con cortesía y gratitud. Solo en el reinado de este mismo Eduardo, que había sido tan constantemente su amigo y aun su bienhechor empezó á manifestar síntomas de su altivo espíritu de dominación. El papa Formosus era sabedor de que los grandes obispos de Wexsex hacia años que se hallaban vacantes, mientras que el Rey cobraba sus rentas. Debe confesarse, por poco ortodoxa que parezca esta conducta, que lo pingüe de estas rentas era un irresistible aliciente para conservarlas, y sobre todo cuando el país sufría las correrías de los dinamarqueses, que quemaban y destruían cuanto encontraban, y esto en una época en que el tesoro se hallaba tan exhausto como el país. Eduardo no tenía dinero; bien podía vivir sin obispos, pero ni él ni su pueblo podían existir sin soldados. El testarudo jefe de la Iglesia no miraba esto bajo el mismo punto de vista. Gritando *sacrilegio!* despachó inmediatamente á Inglaterra una bula, excomulgando no solo al Rey, que era el único culpable, sino á todo su pueblo que no había tenido participación en su culpa. Este era el momento oportuno para manifestarse resentido, para restablecer la antigua y cara independencia de la Iglesia británica; y es cosa que sorprende que un príncipe tan animoso y tan querido como Eduardo hubiese desperdiciado semejante ocasión. Cualquiera que fuese el motivo de esta conducta, así lo hizo sin embargo; y aunque esta insolente bula fue leída públicamente por uno de sus súbditos, Plegmundo arzobispo de Canterbury, el Rey no se mostró resentido, sino que proveyó inmediatamente las sedes vacantes y consistió en la creación de tres obispos mas en Wexsex.

Pocos años después, bajo el reinado de Edmundo, el poder de la iglesia de Roma había absorbido tan completamente todos los demás, que el fraile Adhelen; á quien el rey había dado el arzobispado de Canterbury, y que era por consiguiente metropolitano de la Gran Bretaña, publicó un cuerpo de cánones, en que después de anatematizar amargamente á todos los violadores de las propiedades de la Iglesia, afirma que to-

dos los reyes y príncipes reciben su poder de los arzobispos y obispos del reino, y que por tanto les deben obediencia.

No aparece que los reyes sajones se sometiesen prácticamente á esta tiranía romana, aunque la dejaban existir como teoría. Promulgáronse muchas leyes contra las usurpaciones del clero: un cuerpo de cánones, compilado de las capitulares de Carlomagno, obligaba á cada clérigo á aprender un oficio, y otro ordenaba que todo clérigo supiese leer y rezar el Credo y el Padre nuestro. Otros cánones de época posterior, son enteramente favorables á la Iglesia, confiriendo inauditos privilegios á sus miembros, y entre otros permitiéndoles sincerarse de todo crimen de que se les acuse, por fuerte que sea, y por evidentes que aparezcan las pruebas que los condenan, con el simple hecho de decir misa.

Una de las circunstancias mas notables de la primitiva iglesia de la Gran Bretaña, era la constante escision entre el clero secular y los frailes. Saliendo todos los obispos de entre estos últimos, adquiria su autoridad, ya fortificada por la del soberano, empeño inmenso en la balanza política. Ademas todos los eclesiásticos que se distinguieron ya por su talento, ya por su erudicion, salian de los conventos; pues mientras que era preciso hacer leyes para forzar á los clérigos seculares á aprender á leer, el fraile mas humilde de Canterbury sabia traducir corrientemente su breviario. San Neat, Ado, San Dunstan, Juan el Monje, y muchos otros, eran todos discípulos de los conventos, y hombres que disfrutaban de una alta y merecida reputacion. Sus sucesores siguieron encumbrando la Iglesia, y obtuvieron mas privilegios de los reyes dinamarqueses que necesitaban el apoyo de su popularidad para sostener su autoridad aborrecida. Este periodo y el de los primeros reyes normandos, fue el mas brillante para la iglesia católica, y hasta entonces nadie habia puesto en duda su autoridad ni negado sus doctrinas.

En el siglo XIII la Iglesia habia llegado al mas alto grado de poder y gloria. Habia enviado media Inglaterra á las Cruzadas con uno de sus reyes; obligó á rendirle pleito-homenaje por la corona que le concedia, habiendo castigado antes y por medio de la excomunion, á otro soberano por haber asesinado á un clérigo. La nacion y el clero se sometian; pero los reyes empezaron á causarse de esta sumision, y un siglo despues nació el hombre que habia de dar el primer golpe al poder de la Iglesia; el hereje de quien han nacido todas las demás herejías. Tal fué Guillermo Wickleff, quien protegido por la corte, animado por las universidades, llegó á ser tan popular, y logró adquirir tantos proseliticos, que el clero, aunque muy alarmado, no se atrevió á atacarle con severidad, y al principio solo le mandó que se callase. El no hizo el menor caso de esta orden; y como se esparcian diariamente sus opiniones y existian en Inglaterra hasta hoy, es necesario ex-

plicar cuales eran. El enseñaba que Jesucristo no se halla presente en el sacramento del altar; que la misa no es de origen divino; que si el papa fuese un mal hombre no debería tener autoridad sobre los fieles; que los eclesiásticos no debian poseer, ni poder ni riquezas; que debian someterse al poder temporal, que tenia derechos sobre sus propiedades; que la confesion no es necesaria; y que el papa, ó cabeza de la Iglesia es inútil. Hallando estas opiniones favorable acogida, se espaciaron con rapidez. Contienen el gérmen de la doctrina de Lutero; pero aunque Wickleff fué atacado con tanta furia como el dominico, no se adelantó hasta querer abolir las órdenes religiosas que eran sus enemigas. Si sus discípulos hubiesen conservado la unidad de sus principios, probablemente hubiera completado la obra que acabó Lutero dos siglos despues. Pero se dividieron entre sí, prosclamaron diferentes opiniones, y por estos medios debilitaron el efecto de la primera doctrina. El Lollardismo (nombre que se dió á la herejía de Wickleff) fue mucho menos peligroso cuando se dividió en tres ó cuatro diferentes sectas; y despues de la muerte de su fundador, fue fácil á la Iglesia extinguirlo. Recojieron sus escritos, prohibieron sus reuniones, y se obligó á dos ó tres de los principales discípulos de Wickleff á abjurar sus doctrinas. Pero estas se habian propagado con discípulos notable estension. Las universidades, especialmente Oxford, las habian favorecido; y aunque no proclamadas á la luz del sol, fermentaban en los corazones de los hombres, y solo esperaban una ocasion para volverse á presentar al mundo. La corte y el pueblo habian visto que la Iglesia podia ser atacada, que podia hacérsele temblar; y el rey y los ministros se aprovecharon de estas circunstancias, para hacer leyes que coartaban considerablemente el poder de Roma, y colocaban á los oficiales papales bajo el imperio de la ley. Prohibiéndoseles publicar cartas del Papa sin consentimiento del Concilio, y el arzobispo de Canterbury fue acusado por los comunes por haberlo hecho, librándose de un castigo ejemplar merced tan solo á la mas humilde sumision. Los lollardistas, animados por estos acontecimientos, volvieron á levantar la cabeza; pero como no poseian ni la insolencia, ni la firmeza, ni el valor de Lutero, lejos de alcanzar buen éxito con sus esfuerzos, solo lograron ser perseguidos. Habiendo muerto Wickleff, y no teniendo un jefe de talento que pusiese freno á sus absurdos, dirigieron á la corona una peticion tan extravagante, que sus mismos protectores de la corte tuvieron que abandonarlos. Al decir *extravagante*, queremos manifestar tan solo que lo era para aquella época, pues los artículos que presentaron, y que entonces se condenaron tan universalmente, que fueron motivos de persecucion, forman hoy parte de la creencia de la iglesia anglicana y de los que se han separado de ella. En aquellos dias fritaron al clero, ofendieron al rey, y atrajeron á la universidad de Oxford censu-

ras severas por el favor con que los había mirado. Gran dicha hubiera sido que á esto se hubiesen limitado las señales de desaprobacion, pero decidióse intimidar á los loldistas con la severidad. El parlamento tomó el negocio en sus manos, hizo varias leyes sanguinarias, y confirió al clero la cruel facultad de arrancar la vida humana por materias de opinion.

La primer víctima que se inmoló en Inglaterra, fué un clérigo; y ya tubiese ó no razon, como la primer víctima que selló sus opiniones con su sangre, ha llegado su nombre á nuestros tiempos adornado con la brillante aureola del martirio. Guillermo Sautre, rector de san Asyth, fué el Loldista escogido para servir de ejemplo. Aterrado al principio cuando lo presentaron á la *convocacion*, abjuró la doctrina que había enseñado. Puesto en libertad, volvió á adoptarla y preso de nuevo, se le condenó como hereje relapso. Despojáronlo en seguida de sus papeles, de su cáliz y de sus hábitos; destruyeron su tonsura eclesiástica; lo degradaron formalmente por mano del arzobispo, y finalmente, vestido con traje secular, lo entregaron á las llamas. Lejos de desanimarse los discípulos de esta fe; tan cruel ejecucion despertó la indignacion y energia de todos ellos. Abjuraron estrepitosamente de toda obediencia á la Iglesia, y publicaron opiniones en que se separaban aun mas de sus doctrinas. Abolieron los sacramentos, negaron la autoridad del clero, rehusaron el bautismo para sus hijos, y desecharon el matrimonio, doctrinas que aun se enseñan en Inglaterra, aunque felizmente la secta que las profesa, no es muy numerosa.

Ya llegó á considerarse que los infatuados y miserables loldistas eran indignos de compasion. Ocupaba un usurpador el trono de Inglaterra, y en venganza de sus crueldades y de las del Parlamento, ellos hicieron correr la voz que el último rey, destronado y asesinado, vivia aun, y que pronto volvería á salvar y á vengar á su pueblo. Esta necesidad selló su suerte. El rey confirió plena autoridad contra ellos á sus mas esclarecidos enemigos, y ni aun quiso interceder por uno de sus amigos personales que era gran protector de los Loldistas. Como para aumentar el temor y el odio que sus opiniones les había acarreado, el famoso Juan Huss y Gerónimo de Praga diseminaban en el continente algunos de sus mismos principios con asombrosos resultados. No trazaremos aquí la historia de sus opiniones, ni daremos pormenores sobre el término á que las condujeron. Baste decir que la ruina de estos hombres precipitó la de los Loldistas en Inglaterra. Las hogueras de Smithfield ardian continuamente, alimentadas con la sangre de desgraciados seres humanos, cuyo único crimen consistia en su opinion. Desenterráronse las cenizas de Wickloff y se esparcieron al viento. Sus discípulos fueron aniquilados, y si exceptuamos la oposicion que algunos años despues hizo el obispo de Chichester á las usurpaciones de Roma, la herejía quedó sumergida en un profundo

sueco hasta que la voz de Lutero la despertó.

La reforma es demasiado conocida para que necesitemos hacer una recapitulacion de su origen. La cólera de Enrique VIII de Inglaterra ha sido bien explicada por diversos autores; pero como aquella época dió á luz los maestros cuyas opiniones son hoy origen de tantos disturbios en la iglesia anglicana, y concibió aquella multitud de creencias que causaron mayores disturbios aun en Inglaterra á fines del siglo XVI, que destruyeron la monarquía y arrancaron la vida al monarca, darémos un ligero resumen de los principios que profesaban los tres grandes jefes de lo que se llama „la reforma,” principios que con algunas modificaciones en varios sentidos existen en Inglaterra hasta este momento.

Lutero, fraile dominicano, empezó su sistema con un ataque á las indulgencias plenarias, pero sus principios esenciales eran:

Que Cristo solo instituyó dos sacramentos: el Bautismo y la Eucaristía; que la transubstanciacion en el sentido católico era un error; que el purgatorio y la invocacion de los santos é imágenes era una falsa doctrina; que la confesion, la penitencia y las obras de misericordia eran inútiles; que la fe sola bastaba para salvar, é insistia en el dogma de la eleccion por medio de la gracia.

Juan Calvino, sacerdote suizo, insistia con especialidad en la operacion del Espíritu Santo *interiormente*, que manifestaba, sin la menor duda la verdad á todos los hombres, de modo que cada hombre podia moldar su creencia á su conviccion. Sostenia que era imposible á los hombres existir al pecado, y enseñaba la justificacion por los méritos de Jesucristo solamente, sin auxilio de las obras de misericordia. Solo admitia, como Lutero, dos sacramentos; pero en la Eucaristía no enseñaba que los elementos se convertian en el cuerpo de Jesucristo, sino que el cuerpo de Jesucristo por el acto de la comunión se unia al pan y al vino.

Quinglins se adelantó mucho mas que Lutero. Condenó la doctrina de la justificacion ó eleccion por la gracia divina, como absurda y peligrosa; enseñó que las obras de misericordia eran los principales medios de salvacion, pero solo aquellas que pudiesen ser útiles á nuestros semejantes. Desechaba la confesion y la mortificacion. Canonizó á Sócrates, Aristóteles y Catón. Se oponia al ejercicio del poder espiritual de los clérigos como un derecho divino, pero se les concedia como magistrados de la Iglesia, que recibian este poder del pueblo.

De estas opiniones principales han nacido infinitas otras: los reformadores franceses y escoceses siguieron á Calvino, fundándose indudablemente en que su creencia contiene dos planes religiosos, uno para los que piensan y otro para los que dejan que los demas piensen por ellos: los franceses y los escoceses son los dos pueblos de Europa que mas raciocinan. La Alemania, en general, aceptó

á Lutero. La Inglaterra los ha adoptado á los tres, como lo haremos ver en nuestro próximo artículo, que explicará el estado actual de la iglesia anglicana, y el carácter de los innumerables sectarios y muy especialmente la doctrina del Puseismo, que no es mas que un esfuerzo para volver á resucitar aquel sistema de aparato; exterioridades y predominio que cortó la cabeza en el principio del siglo XVII al arzobispo Laud. En aquella época empezaba á predominar en Inglaterra la austeridad de Calvino iniciando esa obra de anarquía religiosa que habia empezado la reforma, y engendrado ese monstruo multiforme que aun en estos días de liberalismo, incita al padre contra el hijo, al amigo contra el amigo, y á todos contra la verdad.

CRONICAS ESPAÑOLAS.

DE LA PRIVANZA DEL CONDE-DUQUE DE OLIVARES
Y CAUSAS DE SU CAIDA.

Tiros dirigidos á la privanza de Olivares.—Este va perdiendo la coherencia del rey.—Sucesos de Portugal.—Acontecimientos que mas influyeron en la desgracia del privado.

ARTICULO II.

Era Doña Ana de Guevara, ama que crió á S. M. y que fue introducida en palacio por el duque de Lerma, atendida y considerada con extremo durante el ministerio de aquel; pero cuando subió á la privanza el conde-duque; poniéndose todas las señoras de la corte bajo la dependencia de la condesa-duquesa de Olivares, camarera mayor de la reina, aquella y estas hicieron empeño en arrojar al ama de palacio por ser muy adicta á la reina Isabel quien la estimaba en gran manera. Consiguio la duquesa su objeto con armar un día una disputa con Doña Ana, y quejarse despues á S. M. de que el ama le habia faltado al respeto. Quedó en efecto el ama fuera de palacio teniendo no obstante abierta la puerta del cuarto de la reina á donde la veia el rey con frecuencia, la hablaba con la mayor familiaridad y la otorgaba cuantas mercedes solicitaba. Descosida Doña Ana de contribuir por su parte á llevar á cabo todo cuanto pudiese tener relacion con la ventura del rey y de su reino, así como tambien ganosa de vengar la injuria que le hiciera la condesa-duquesa de Olivares, esperó una ocasion oportuna para hablar al rey confidencialmente, y así lo hizo un día en que S. M. pasaba, como tenia de costumbre todas las tardes, al cuarto de la reina.

Interceptóle el paso Doña Ana y arrojándose á sus pies le suplicó oyese cosas importantes que tenia que comunicarle; que no iba á pedirle mercedes, sino que, guiada del amor materno, á prestarle uno de los mayores servicios que podia recibir la corona. Concediéndola el rey el permiso que solicitaba, y entonces su celosa ama tomando la palabra le representó de la manera mas enérgica la afliccion en que se encontraban sumidos los pueblos, la miseria de los reinos, y el desorden de los arbitrios injustos que arruinaban á los vasallos. Otióle asimismo la pérdida

de las plazas, de las armadas y en una palabra la desgracia y opresion en que se hallaba sumida la monarquía entera. Atribuyó todos estos males á un castigo del cielo que caia sobre la cabeza del rey, porque abandonaba en otras manos el gobierno de sus estados que á él solo habia confiado la Providencia. Tended, le dijo, una mirada de piedad hácia vuestro hijo que inocente de todas estas culpas, corre riesgo de quedar reducido á la condicion de vasallo, perdiendo la dominacion de tantos y tan poderosos reinos y señorios como siempre tuvo la casa de Austria; y si os parece, señor, que merezco castigo por esta libertad con que os hablo, hija solo del interés que me inspira aquel á quien he criado á mis pechos, castigadme, que pronta estoy á sacrificar tambien mi sangre por V. M.,»

Oyó el rey con la mayor atencion y mesura cuanto le dijo Doña Ana, y la respondió con cierta amabilidad mezclada de tristeza: «Ana, decís la verdad, y prometo poner remedio á todo,» y se entró en el cuarto de la reina, desde donde ésta y otra porcion de damas de la cámara, entre ellas Doña Juana de Velasco, hija del condestable de Castilla, y muger del hijo bastardo del conde-duque, oyeron cuanto habló Doña Ana con el rey.

Aplaudieron todos la valerosa resolucion de Doña Ana, cuya noticia se extendió rápidamente por la corte, apareciendo Doña Ana como otra *Tenquites*, que fué bastante á conmover el ánimo de David para aquella deliberacion á que no habian conseguido reducirle los ministros mas justificados y mas sabios de la corte.

El tercer personaje que apareció en esta escena para contribuir á la caída del conde-duque, fué la infanta Doña Margarita de Saboya, duquesa de Mantua, la cual detenida en Ocaña por disposicion del conde-duque, á fin de que no tuviese comunicacion con el rey, y quedasen ocultos los negocios de Portugal, vino de repente á Madrid movida de la miseria que experimentaba por no haberla dado en el espacio de seis meses ni un solo real de lo que por el rey la estaba señalada; la llegada imprevista de Doña Margarita causó tanto mas disgusto en el ánimo del conde-duque, cuanto que no le habia sido posible el evitarla; y sin considerar lo maltratada que se encontraba del frío y de la lluvia de una noche tempestuosa, hizo esperar mas de cuatro horas, reduciéndose el alojamiento que mandó darla á tres miserables aposentos, fuera de palacio, deprovistos de toda comodidad propia á tan elevada persona. Habia partido de Ocaña la infanta, no como quien sale libremente cuando le conviene de una poblacion para trasladarse á otra, si no como una fugitiva espuesta á ser detenida y encerrada: así es, que salió tres horas antes de amanecer, disponiendo con el mayor sigilo lo poco que pudo para su viaje, temiendo que el gobernador la sorprendiese, quien tenia orden del conde-duque para detenerla á toda costa en este caso y que en efecto mandó con gran diligencia no bien

supo la partida de su Ana á Madrid un aviso que llegó tarde.

Nació la aversion del conde-duque hácia la infanta Doña Margarita, de varios motivos entre los cuales descollaba el orgullo que el favorito habia heredado de los duques de Lerma y Uceda, no acertando á hacer homenaje de humildad y respeto hácia los príncipes de sangre real y sí solo al rey cuya superioridad á veces les era tambien enojosa.

Habia tenido la infanta doña Margarita por espacio de siete años el cargo de vireina de Portugal, mas bien que como gobernadora de aquel reino como esclava de la voluntad del conde-duque, que habia puesto por ayo de S. A. al marqués de la Puebla de Soriana, hermano del de Leganés, cuyo permiso necesitaba la pupila hasta para salir de su palacio; el secretario suyo Miguel de Besconcelos, muerto luego en la rebelion de aquel reino, acaecida en 30 de noviembre de 1640, era el fiscal de todas las acciones de la infanta, ejerciendo con otros varios el espionaje cerca de la vireina. El manejo de los negocios del reino estaba en manos de Dionisio Suarez, suegro y cuñado de Besconcelos, y este y todos aquellos se olvidaban del cumplimiento de sus deberes respecto al buen gobierno y prosperidad del suelo portugués, dando lugar á que los portugueses exasperados y descontentos en extremo por el abandono que sufrían, empezasen á buscar los medios de sacudir el yugo que los oprimia. Semejantes desórdenes no podían menos de producir perjuicios inmensos á la España, y en vista de todo esto se decidió Doña Margarita á enviar al conde-duque repetidos avisos en los que se quejaba con modesta amargura de que se la tuviese destituida de toda autoridad; pero siendo infructuosos estos medios adoptados por Doña Margarita; y herida su susceptibilidad por la insolencia y el menosprecio con que la trataban aquellos de quienes se veía rodeada y hasta los mismos portugueses, con los cuales la habian desacreditado, mudó de intento, y escribió al rey sus justas quejas en multiplicadas cartas á las que tampoco tuvo contestacion alguna. No es, pues, de estrañar que luego el conde-duque se opusiese tan fuertemente al regreso de Doña Margarita á la corte, porque debia suponer que si conferenciaba con el rey, haria á este sabedor de cosas que aun ignoraba en su mayor parte.

Acació en esto la rebelion de Portugal, y como por una parte sería harto prolijo dar detalles minuciosos sobre este grande acontecimiento, y por otra nos separaríamos hasta cierto punto del objeto que nos hemos propuesto, diremos que solo la arteria y la traicion jugaron en este albur, de cuyo resultado es en gran parte responsable el privado, pues impidió obrar libremente á la infanta Doña Margarita, y que el duque de Berganza, segun S. A. habia pronosticado varias veces, se puso á la cabeza de

ta insurreccion y se vió por último colocado en el trono de Portugal. Semejante acontecimiento no necesita comentarios.

Viendo el conde-duque perdido el reino de Portugal, confuso y avergonzado de sí mismo, procuró culpar á S. A. de ello y cerró todos los caminos que pudiesen conducirla á que diese sus disculpas al rey, quedando de este modo si no dudosa su fé, manchada al menos su reputacion.

Despachó la infanta al salir de Portugal un correo para S. M., suplicándole le permitiese pasar á besarle la mano, pero no solo se opuso Olivares á su venida á la Corte, sino que con orden suelta del rey, la detuvo durante el calor de la canícula en Mérida, donde es en extremo fuerte esta estacion, lo que la produjo una enfermedad peligrosa, durante la cual se encontró desprovista de todo recurso y atencion á que era acreedora como prima de Felipe IV. Una vez repuesta de su enfermedad suplicó se la librase del destemplado y desigual clima de Extremadura, y obtuvo como gracia singular la licencia de vivir en Ocaña con toda la incomodidad de una pobre esclava, pues llegó su pobreza hasta el punto de ir su mayordomo mendigando el sustento para ella por las casas y los conventos de la ciudad.

Llegó doña Margarita á la corte precisamente en los dias en que el rey empezaba á abrir los ojos respecto á su privada, y fué recibida con el mayor agrado y agasajo por parte de la Reina, que apesar de las intrigas de Olivares proporcionó á su prima que hablase en su cámara con el rey por espacio de dos horas, haciendo retirar de esta conferencia á su camarera mayor, que siempre tenia grande empeño en ser testigo ocular de cuanto pasaba en la cámara de la Reina. Mucho se adelantó con esta conferencia pues en ella fué sabedor el rey de cuanto habia ocurrido en Portugal y de la conducta observada por el conde-duque con doña Margarita; y uniendo la Reina sus quejas á las de su prima, hicieron tanta impresion en el ánimo del rey, que puede decirse que este golpe fué el mas mortal dirigido á la privanza del conde-duque de Olivares.

Cada dia se aumentaban los clamores de los señores de la corte, y algunos de ellos se retiraron silenciosamente del palacio consiguiendo con esto mas aun que con las palabras y las quejas. El arzobispo de Granada D. German Alvarez, maestro que habia sido de S. M. hombre reputado por sábio y venerado por sus excelentes portes y la experiencia de sus muchos años, escribió al rey una larga carta esponiéndole con efusion la necesidad de deshacerse de la vil coyunda de un tirano que así abusaba de la bondad del monarca; el abandono de la armada; el desorden de la administracion; las pasiones y los vicios de toda especie que se habian desarrollado en la nacion durante la privanza del conde duque, fueron otros tantos objetos de las justas cuanto juiciosas reflexiones del venerable prelado. «Sea la mano de V. M. (concluia el arzobispo) la que corte de raíz el mando, el

"imperio, la soberanía, la autoridad, la malicia é insolencia del conde duque; que solo con esto volverá España á su ser: los grandes servirán con desvelo, porque solo reconoceran que es V. M. su rey, no el que V. M. les dá que es el conde duque. Los vasallos sacrificarán sus vidas y sus haciendas por su rey, libres del dominio de un intruso tirano; y en fin sin este embarazo V. M. será rey, habrá paz, habrá abundancia de todo, y habrá sin duda legítimo señor que mande y rendidos vasallos que obedezcan."

Esta carta llena de sinceridad, inspirada por el mas vivo interés hacia D. Felipe conmovió á este en extremo y le decidió á luchar ya desde luego contra aquel poder sobrenatural que le dominaba.

Muchos otros sucesos mas ó menos interesantes fueron dándose la mano á este fin. Los pliegos cerrados, anónimos, que recibia el Rey en audiencias particulares, presagiándole los males que le amenazaban, si no se deshacia del conde-duque inmediatamente; el abandono en que fueron dejando á palacio los que anteriormente llenaban sus salones; el descubrimiento de la mala inversion de fondos que hacia el conde-duque; la extrema disminucion del ejército cuando mas se necesitaba por la actitud hostil de la Francia, el grito unánime que arrojaba la nacion entera contra el osado usurpador de los derechos reales y finalmente los gérmenes de destruccion que iban cundiendo y propagándose por nuestro suelo con la rapidez del relámpago eran presagios, terribles, sí, pero indudables de la ruinosa caída del conde duque. La tempestad que amenazaba su cabeza era inevitable y ningunos los medios de conjurarla. Todos los habia agotado, y los resultados de los esfuerzos que hacia en los últimos momentos de su vida pública, aguzaban mas y mas los puñales de que estaba amenazado su seno.

En nuestro último artículo, hablamos de las postreras horas de esta malhadada privanza, y seguiremos al conde-duque en todos sus pasos, hasta el momento en que exaló el último suspiro que fué muy poco despues de su caída del poder.

L. C.

LA CENA DEL SEÑOR,

DE LEONARDO DE VINCI.

Leyenda. — Artículo II.

Tambien escribia en materias de artes y ciencias mayor que ninguno de sus contemporáneos, poseyendo ademas un corazon sensible á los encantos de la música que todo lo ennoblece. Al mismo tiempo era de carácter alegre y social, y no desdeñaba los entretenimientos menos suaves y delicados, manejando con habilidad el fogoso corcel, y esgrimiendo la espada como un atleta romano. Así es que la voz de su fama resonaba por toda la Italia, que era en aquel entonces el único país donde las ciencias y las artes encontraron un refugio bajo el amparo de los opulentos Médicis, de algunos otros principes y del fastuo-

so papa Leon X. No tardó Ludovico el moro Sforza, duque de Milan, en hacerle los mas brillantes ofrecimientos á fin de atraerle á su corte. De mal grado correspondió Leonardo á este llamamiento honorífico, dejando á pesar suyo su patria y la hermosa Florencia, porque un vago presentimiento le decia que iba á ser desgraciado. No dejaba tambien de inspirarle horror aquella, mas bien que corte, cuberna de criminales, donde el bárbaro Galiazzo Maria Sforza, indigno sucesor de su gran padre Fernando, dominára un dia como una fiera, y de cuya sangre vertida por el puñal asesino estaba aun humeante: la silla ducal ocupada á la sazón por su hermano, aquel Ludovico que, no menos feroz, pero mas prudente y astuto que él, logró despojar á su hijo de la herencia paterna. ¿Pero, dónde existia entonces en Italia un lugar donde no ejercieran las mas infames crueldades? Y hasta en Roma, donde el vicario de Cristo ocupaba el trono profanado, ¿no se podia comprar á precio de oro la virtud, las vidas y todo cuanto el corazon y la fé conocen de mas sagrado? Allí fueron capaces de otorgar la tonsura sacerdotal á un niño de siete años que fué luego el mencionado Leon X, condecorándolo á los trece con la púrpura de cardenal. Allí, el imprudente Alejandro Borgia, que despues elevado á la suprema dignidad pontificia, tuvo cinco hijos de Rosa Banozza, con uno de los cuales, la voluptuosa Lucrecia que fué cinco veces esposa, padre y hermanos vivian en incestuosas relaciones. En semejantes circunstancias poco debia importar al hombre amante del arte y de puros goces el vivir en cualquier punto, pues en todas partes reinaba la misma corrupcion, y no era posible pasar la vida como quien dice, mas que en Sodoma ó en Gomorra; los mismos peligros le amenazaban pues en Milan que en Florencia. Juntábase á esto que en esta última ciudad, un niño que solo contaba ocho años de edad, pero cuyo espíritu ensoberbecia el presentimiento de su brillante porvenir, y de su futura grandeza, contrastaba la sensibilidad y el carácter dulce de Leonardo, con la mas arrogante y desmedida altivez. Este niño era Miguel Angelo Buorenoto.

En vano le trataba Leonardo con el cariño de la mas tierna amistad: el jóven le rechazaba siempre con la misma desdeñosa esquivéz, emponzoñándole la felicidad que encontraba en vivir en su patria y en el lugar donde reposaban los restos de su querido maestro. Venció pues su repugnancia ahogando sus vagos y temerosos presentimientos y animado con la esperanza de encontrar un campo mas vasto y variado en donde ejercitar las diferentes artes y ciencias que poseía, se despidió de su querida patria, y alegre y con el sereno ánimo de un corazon puro y candoroso se encaminó á la corte de Milan á donde habia sido llamado. Que además lisonjasen sus deseos de gloria y de bienestar las recompensas y los goces que esperaba alcanzar en la opulenta Babilonia de la Lombardía, es cosa muy

natural y que á nadie podria causar estrañeza. A su llegada á Milan fue recibido del duque de la manera que correspondia á su persona, y cómo entonces y en todos tiempos ha sido costumbre recibir y festejar á los grandes artistas cuyo prestigio y gloria suele aumentar el fausto y la magnificencia de los magnates y soberanos que les dispensan su proteccion. El insidioso y soberbio Ludovico disimuló la fiereza de su corazon, y lisonjeó con las mas halagüeñas palabras al maestro. Su ejemplo fué imitado como suele suceder siempre, por los aduladores y cortesanos, los cuales se manifestaban de mil maneras obsequiosos con el huésped protegido de su señor. No faltaban sin embargo émulos y envidiosos que deseaban con ánsia la ocasion de perderle en la gracia del príncipe. Principalmente vagaba en cierto misterio á su alrededor siempre en asechanza la seca y fantástica figura de un monge que parecia nacido de raza de negros por sus crespos cabellos negros como el azabache. Entre sus sombrías cejas fulguraban unos ojos pequeños pero vivos y traicioneros. La frente alta y descarnada semejava á una yerta y estéril roca. Debajo del pico de águila que formaba su nariz desplegaba la sumida boca una casi imperceptible y satírica sonrisa la cual hacia resaltar mas todavia su barba proeminente y puntiaguda cubierta en parte de pelo negro y rojo. Este personaje era el prior del convento de dominicos de *santa Maria de la Gracia* y el confidente del duque. Su conversacion era dulce como la miel, pero en un fementido pecho hervia siempre la ponzoña y desde luego despertó en él la mas ravisosa envidia el favor que el Florentino disfrutaba acerca de su señor. Leonardo por su parte, sentia aumentarse sus temores cada vez que veia aquel sombrío y misterioso fantasma y á medida que se extendian el crédito y la consideracion que ya disfrutaba en la corte y en Milan. Pero lo que mas estraño le parecia, era que siempre le asaltaban estos temores en los momentos que se ocupaba en su arte favorito de la pintura. Cuando respiraba en el campo el aire libre estraído en la combinacion de sus empresas mecánicas y de arquitectura, fortalecian su espíritu los frescos y alegres colores de la naturaleza, el viento que agitaba su caballera, la luz de la alborada, la balsámica noche con el canto de los ruiseñores, y un eterno y estrellado cielo; finalmente, la agitacion, el trabajo y el movimiento de sus correrias por montes, valles y llanuras. Pero cuando se encontraba solo en su tranquilo aposento, delante de su caballete, entonces solia correr por su frente un sudor frio y no manejaba su delicado pincel, sino una mano incierta y temblorosa; he aqui la razon porqué se encuentran hoy tan pocas obras de este maestro, procedentes de esta época de su vida, pues la mayor parte las destruyó cuando ya solo le faltaban algunas pinceladas para concluiras.

El duque permanecía á veces estasiado delante de sus preciosos cuadros; mas cuando se li-

sonjeaba poderlos colgar en sus magníficos salones ya habian dejado de existir. No era estraño que estas ocurrencias le fuesen desagradables, aunque deberia haberse contentado con los pocos cuadros concluidos que salian del taller del autor con el sello de su aprobacion.

Ea, maestro, dijo un dia el duque, despues de haberle mandado comparecer á su presencia; ahora vais á hacer mi retrato, pero se entiende que en esta ocasion os guardareis muy bien de romper ni quemar vuestra obra.

Menor susto causaria ver caer sus rayos del sereno azul del cielo que el que experimentó Leonardo al escuchar este mandato que acompañó el dominico con su equívoca sonrisa. ¿Cómo habia de pintar aquel rostro el sensible maestro acostumbrado siempre á no producir sino nobles y bellas imágenes? ¿Cómo habia de trasladar al lienzo aquel conjunto de fealdad en que se podia leer como en un libro la historia de la humanidad desnaturalizada, aquella cenicienta y áspera cabellera enrespada alrededor de la deforme cabeza? Luego las descoloridas mejillas surcadas por las huellas de furiosas pasiones y aquella mora que desfiguraba su cuello y de la cual recibiera el duque el apodo de moro? y finalmente aquella espresion traidora de sus contritados lábios que apenas se descubrían entre la descompuesta barba. No! esto era imposible; y sin embargo, ¿cómo habia de desobedecer un mandato del príncipe? Mil dudas penosas agitaban su corazon. Y en el caso que se resolviera pintar ¿habia de recurrir á la adulacion en rubriendo la fealdad del duque con las lisonjas del arte? ¿Qué quedaba entonces de su semblante, ¿cuál seria la semejanza? Y si acaso hacia un retrato fiel del original ¿qué recompensa podia esperar del tirano á quien todos adulaban, el presentarle un traslado de sus deformidades que no podia ser sino una caricatura monstruosa? En verdad que era grande el apuro del pintor y en medio de su perplejidad se le vinieron insensiblemente á la memoria las palabras de su difunto maestro. A donde quiera que volvió los ojos no descubria mas que dificultades. Por una parte consideraba el riesgo que corria su fama, si presentaba un retrato infiel y favorecido ademas de la mancha que arrojaría sobre su carácter el constituirse en adulador del poderoso. Por la otra se veia amenazado de la terrible venganza del tirano ofendido, ni se decidia á representarlo en su verdadero ser. ¿Cómo librarse de semejante conflicto! echábase desesperado en su solitario aposento. En esto volvió á recordar la promesa de su maestro y empezó á invocar su auxilio diciendo: ¡Oh Andres, Andres! Oyeme y asísteme en el fatal extremo á que he llegado, según me lo prometiste.

Pero el bienaventurado maestro no le escuchaba. Sin duda aun no era llegada la ocasion en que su discípulo necesitaba mas de su apoyo.

UNA NOCHE EN EL CIRCO.

El Circo!... palabra compuesta de cinco letras que significa en el idioma de la ilustración, *emporio de la filarmonía y de la danza*. El Circo es el teatro mas concurrido y elegante de la capital de España; por consiguiente es el centro de las notabilidades aristocráticas, democráticas y artísticas. El hombre que por ocupación ó por olvido haya partido de Madrid sin dedicarle una noche, debe notar, esa falta en el libro de las imperdonables. ¿Qué cuentas dará en la tertulia de su pueblo, villa, ciudad ó aldea, cuando le pregunten quiénes son las señoras *Guy-Stephan* y *Obe Rossit*? ¿Quiénes son los señores Ronconi y Petipa? ¿Podrá perdonarsele nunca esa indiferencia cínica que desde luego constituye un delito grave, al dejar de conocer los genios que decoran el terso tablado, y halagan la pública y refinada espectación? De ninguna manera. — ¡El Circo! el foco de la moda! el inmenso diccionario que nos ha presentado una página volatinera, en cuyo fondo se encuentra estampada en letras de aire la mágica palabra que tal revolución ha hecho en los leones madrileños!

— Polka! — Marcharse sin ver la Polka! Item el nunca bien ponderado jaleo de Jerez! ¡Dos asuntos que han llamado la atención general y que forman época en los anales del Circo! Dedicada incomparable y diferente de otras desdichas!...

Así como de siglo en siglo aparecen para asombro del mundo genios que abriendo paso á las dificultades dan vida y movimiento á toda clase de adelantos, así la Polka anunciándose en los maravillosos pies de *Guy-Stephan* y *Peti-Pá* llenó de frenético entusiasmo á sus primeros espectadores. Creció de día en día en alas de la fama, saltó de las tablas, y se apoderó de las tertulias de gran tono: descendió á las de segundo y tercer orden, corrió á los talleres pomposos de sastres y zapateros, galopó en las sombrererías y tiendas de todos géneros, hasta que inundando nuestra sociedad entera, se popularizó inclinando á su favor la balanza de las simpatías. Tal es la influencia, que hoy, el que no viste, calza, anda, habla, come, bebe y demas á la Polka no es persona decente, ni tiene sentido común. Convencidos por lo tanto de este prestigio inmenso nuestros vendedores de frutas y otros artículos gastronómicos, se han apresurado á dar á sus géneros la indispensable investidura que tiene hechizada la voluntad undinista. Así es, que cualquiera que fije un poco la atención en esa diversidad de voces que se cruzan en el aire, sentirá estrellarse en sus oídos con diferente armonía el violento turbion que nace de los establecimientos públicos y reservados, y que formando un solo acento celebra la deidad venerada del día. En medio del delirio que produce esta individua poseedora del voto general del reino de la moda, se abre campo con toda la sal *mazarena* el brioso jaleo de Jerez, que á pesar de ser muy aplaudido, nise ha atrevido á pasar del foro, ni nadie le ha dado la mano para que salte fuera. El motivo de esta diferencia, yo no lo alcanzo. No sé si lo causa su modestia, ó la desgracia que perrigue á todo lo que es español puro, cuyo destino es arrinconarse y morir por ende. Tristes consecuencias de esas intervenciones extranjeras que han ido ahogando poco á poco nuestros hábitos y costumbres, prestando las exigencias y adelantos del siglo! — Hoy todo lo que viene de *extranjía* debe merecer el respeto, el entusiasmo, el delirio, de esos honrados españoles que han visto en imponente silencio arruinadas sus fábricas, agonizante su industria, su marina muerta y su juventud aislada con la ignorancia. Hoy causa mengua pertenecer á la nación que impuso leyes al orbe, porque está pobre y

caída en fuerza de las cosas que pueden mas que los hombres, mas que las naciones, mas que el mundo. ¡Infamia y baldon al hijo que desconoce á su madre en la miseria!

Dirán mis lectores: ¡Ira de Dios, y que arranque! una patriótico fuera de tiempo! Pero yo digo; aquí me lo hallé, y aquí se lo dije; porque donde cae el burro, allí se le dan los palos, y á cada puerco le llega su san Quintín. No es esto menospreciar el genio pedestre de la señora *Guy* que tan perfectamente ha copiado el de sentido meridional. Todo lo contrario. Cuando observo á esa mujer casi aérea salir de entre los bastidores al compás de una música mas armoniosa que la mejor partitura italiana, cruzar por el escenario derramando gracias todas las coyunturas de su cuerpo, valaoccur se al son de las castañuelas, retirarse con toda la voluptuosidad de una odalisca, y avanzar pidiendo aire á ese mismo espacio que corta con toda la arrogancia de una sultana, entonces con perdon de mis lectores, la sangre se me enciende, el corazón me salta de entusiasmo hasta que aplaudiendo con pies, manos y cabeza, prorumpo en gritos de júbilo, bendiciendo la tierra de Dios que tales plantas produce. No se crea por esto que la señora *Guy-Stephan* es andaluza: su nombre dice que no ha tenido la fortuna de nacer bajo el cielo de Mairena, pero ha comprendido el carácter bizarro y escitante de ese pueblo que germina con la alegría y el amor; de ese pueblo cuyas costumbres originales sorprenden y admiran á los demás.

Y esa música de tan sentidas armonías, ¡cuánto no dice! Esa mezcla agri dulce de languidez y valentía, es el reflejo de las pasiones que brotan en tan dichoso país, donde el amor se revierte con la vehemencia africana, y con la melancolía desgarradora del Norte. Su melodía indefinible participa de esas quejidas alegres llenos de poesía como los suspiros del viento en una noche de verano, y del rumor severo de un torrente que se desborda. El jaleo bailado por la *Guy-Stephan* es la Andalucía personificada; es la expresión verdadera de su suelo bendito. — De distinto género es la polka: nacida en una tierra cuyas costumbres apenas conocemos, tiene toda la coquetería de una señorita de buen tono que estudia en su tocador las maneras que mas pueden agradar; por consiguiente no arranca las mismas sensaciones que su rival. ¡Bela admira, se la aplaude, pero no conmueve. En el jaleo se grita, ¡viva! bien! ¡bravo! — En la polka se dice "muy bonito, lindísimo. El jaleo hace latir el corazón, la polka hace mover la cabeza. Sin embargo de esta diferencia la polka manda por lo que antes dije; por que es extranjera, y porque en el siglo de las luces la cabeza domina al corazón.

Ahora bien: una noche en el Circo equivale á una vuelta al rededor del mundo, pero mas variada que las de Cook, Biron y demas viajeros célebres: Yo por ser amigo de viajar, lo mas barato posible, me dirigí hace unas cuantas noches al despacho de billetes; tomé un asiento de galería alta, (vulgo *paraíso* á imitación del teatro francés) y posesionándome de él á las ocho y cuarto, me preparé como buen cristiano á observar todo lo que estuviera á mi alcance, y fíctico fuera referir. Como por encanto se poblaron los elegantes palcos, se medio ocuparon los adosados de anfiteatro, y se arroparon las, no se si digo, cómodas lunetas. Desembainaronse estupendos anteojos, secharóuse los inútiles lentes, y comenzó un tiroteo silencioso de miradas, señas, brinquetes y jerigonzas que no había mas que pedir. De allí saltó una sonaisita de satisfacción de aquí una mirada desdeñosa que hacía tritar de rabia á un almirado doncel: En este lado una niña se divertía con los rícos de *Schall* mirando á la lue-

ta ocupada por el galán, que fingiendo apasionada ternura se descomponía el pelo que tantos sudores costará á Mr. Raigon: en otra parte una señora respetable llena de presunción tendía su mira perspicaz á un asiento de galería baja, (vulgo *ignominia*) como diciendo á un su conocido „yo te protejo.“

Sonó la admirable orquesta, y entonces la animación fué mas general: murmullos aquí, risas allá, voces en una parte, suspiros en otra; saludos de abanico y bastón de alto abajo, ruidos de entrada y salida, tropiezos inevitables con las excusas de costumbre:—Dispense V.—No hay de qué.—Y aquí el estropeado hace un *aparte* exclamando en tono planidero ¡Qué barbaridad!

¡Oh qué cuadro mas asombroso! La galería se había ocupado enteramente de modistas, estudiantes, militares y gentes de buen humor. Aquello era una anarquía completa ¡Qué confusión de trajes! ¡Qué diversidad de conversaciones! Gorros del siglo XVIII con plumas de pavo real, sombreritos de *polka* caído sobre las cejas: *fracs* de ala de pichon, mantillas de blonda, idem de sarga con ancha franja de terciopelo, sortijas de *souvenir*, aderezos de relumbrón, gemelos de alta categoría como obuses; todo se hallaba reunido en peloton como los artículos de una prendería; imagen exacta de una vasta sepultura donde duermen los siglos con todas las invenciones de la vanidad.—Venían las palabras en sendas rátagas de tufó á estrellarse en mi tímpano con la irregularidad del órgano de Móstolet.—Allí dos amantes se juraban constante fe, mientras ella daba la mano á un militar que tenía al lado izquierdo y él tiraba pellizcos á una modista que se hallaba á la derecha. Aquí se murmuraba del traje de una aspirante ó señora que por primera vez llevaba reloj pendiente de una cadena falsa: en este lado se hablaba de los toros, en el otro de los empeños en el Monte-Pío, aquí de los baños de Oriente, allá del prado y del Retiro, del Neorama, de la Puerta del Sol, del café de la Suiza, de las contribuciones de inquilinato, y de cincuenta mil asuntos que se perdían en la confusión sin entenderse.

Por mi desgracia ocuparon los asientos colaterales dos personajes heterogéneos: quiero decir, varón y hembra. Esta era una señora de las que nuestra sarcástica sociedad designa con el nombre de *jamonas*; rico vestido de *nuaré*, mantilla de encaje, guante blanco y pañuelo de batista perfumado de *palchouly* constituían su adorno. Llevaba entre sus brazos un escrúpulo de perro de lana, verdadera broma de la naturaleza, á quien llamaba *Selim*, y acariciaba con los epítetos mas dulces del almanaque canino. El otro era un mozo de estos que se reproducen en todas partes, verdadero tipo del *paseante en corte* dechado de la vagancia, pero que regularmente no le comprendería la ley de vagos, porque vestía de señor. Contempló el número de su asiento, colocó en él su sombrero mientras duraba la sinfonía, enderezó el lente en diversas direcciones, y acabó por sentarse muy satisfecho de sí mismo. A poco me miró con aire de protección, y me preguntó.

—Ha visto V. la Parisina?

—No señor.

—Oh! Es lindísima!

—Allá veremos.

—Cuando yo lo digol.

—Ah! entonces no hay mas que decir.

—Se presenta esta noche il signor Enrico Tamberlic.

—Ha lo sé.

—Ha visto V. María d' Ruban?

—Tampoco.

—Con que ¿no habrá V. oído al célebre Ronconi?

—Nada, no he tenido ese gusto.

—Oh, pues es preciso que V. lo tenga.

—Pues señor, lo tendré el primer día que cante.

Se alzó el telón, ¡Gracias á Dios!

Mas cuando yo creía que el amigo improvisado me dejaría escuchar, hé lo que empieza á referirme el asunto de la ópera a por b, y c por d, y á susurrarme en el oído toda la música que tantos desvelos costará á Donicetti. Por otro lado la señora se empeñó en enseñar á su perrito el solfeo tarareando con este objeto la tristísima Atala y la soñolienta Corina, mientras el carísimo Selim, llevando el compás con la cola lanzaba ahullidos apagados que la señora denominaba de *maestrosos*.

—Qué le parece á V. el nuevo tenor? volvió á preguntarme el mozo en cuestión.

—Muy bien....

—Quía! Si está haciendo *fiasco*.

—Pues le aseguro á V. que no lo he advertido.

—Oh! la *prima donna* está felicísima: desempeña su *debut* á las mil maravillas.

—Tiene V. razon; pero hágame V. el favor de callarse un poco.

—Hombre, atender á la escena, es de mal tono.

—¿Pues le parece á V. que he pagado yo mi dinero para ver lo que pase aquí?

—No tenga V. cuidado; yo se lo contaré todo.

—Por vida de San Babil.....

—En resumidas cuentas, el padre le manda cortar al hijo la cabeza porque quiere á su madre....

En esto la Parisina lanzó un grito penetrante, diciendo:

—Ahí misero!—Fuggi!—Voy á servir á V. al momento, señora Parisina, porque esto no se puede sufrir, exclamé yo entre dientes y saltando por cima de mi apuntador.

—Permítame V.

—Qué es eso! se marcha V.?

—Vuelvo, vuelvo!

¡Diablo de pollita!

En tres saltos me puse en el despacho de billetes:

—Una luneta: una luneta.—No tengo.—Voto á Judas!...

En esto se acerca con bastante sigilo un hombre que me dice: ¿Quiére V. una luneta, caballero?

—Venga. ¿Cuánto es?

—Dos duros.

—Hombre, eso es una tiranía.

—Devuélvame la V., que no faltará quien la quiera.

—Pero no es menos?

—Nada menos.

—Pues señor, tome V. el dinero. ¡No es mala especulación! Ganancias positivas, un ciento por ciento. Cuando me vea apurado ya sé por donde meter la cabeza.

Al entrar otra vez en el teatro me encuentro con diez puestos de dulces y veinte de agua.—No es mal tropiezo.—Nuevo desembolso para recobrar las fuerzas perdidas.—Doy tres pasos mas, y se presenta un chico gritando, señorito, el libro de la ópera.—Me alegro; con eso no necesito apuntadores.—¿Cuánto es?—Seis reales.—No pierdes tú tampoco.—Hé aquí otro puerto de claridad.—El sitio realza los géneros.

Por fin penetró, y ya el primer acta había concluido. Cuando empecé á leer el libreto que acababa de comprar, se aparece uno de estos amigos que son el

sábelo todo de Madrid. Este mozo tenía lo que se llama *golpe de vista*, comprensión á prueba de enredos, cálculo sorprendente fundado en exterioridades y en algunas noticias recogidas á la ventura.

—¿Ves aquella señorita que se entretiene en deshojar la rosa que antes adornaba su frente?

—Sí.

—Pues esa es la amada de aquel chico que habla con la marquesa etc.

—Ah! entonces ya comprendo el entretenimiento de la niña.

—Es mas claro que el agua. Está celosa como una turca.

—¿Has visto aquel que salió del palco inmediato?

—Hombre sí. Por cierto que lleva un aire de todos los diablos.

—Pues es el marido de aquella señora de gorro blanco y airoso, que en el lado opuesto echa los jemeños á una luneta.

—¿Y á quién mira?

—A un chico amigo suyo con quien tuvo relaciones antes de casarse.

—Ah! entonces ya comprendo el mal humor del marido.

—Eso es mas claro que el agua. Está celoso como un turco.

—Qué contraste!

—Así es el mundo.

—Oye ¿quién es aquel que no quita el ojo de la galería baja?

—Aquel viejo de la peluca roja?

—Sí.

—Déjame mirar.... Ah! vamos, ya comprendo. Aquel caballero es el amo de la casa que habita la morena que tiene de frente. Fué ayer mañana á pedirle los alquileres vencidos: ella es soltera, libre, vive á su antojo, no tenía con qué pagarle mas que con su amor, y se lo ha ofrecido en cambio de sus pesetas.

—Eso no puede ser: sin duda la calumnian.

—Lo sé de buena tinta.

—¿Y cómo te gobiernas para saber tanto?

—La criada, el aguador, el carbonero, la labandera, la peinadora, visitas diarias que no desconfían, satisfacen mi curiosidad.

Volví á alzar el telón, y tomé asiento entre dos señores de noble catadura que me hicieron concebir la esperanza lisonjera de ver tranquilo toda la ópera, según la atención que prestaron á la primera escena. Pero la fatalidad, señora mas pegajosa que una garrapata, no cesó de perseguirme hasta destruir las ilusiones que había concebido.

—¿Ha recibido V. carta de Barcelona?

—Sí.

—¿Y qué le dicen á V?

—Echa, nada de particular.

—Se dice que á la salida del correo había corrillos en la rambla.

—¿Quimeras! gente que iria á tomar el fresco.

—Sin embargo, amenaza un *desquiciamiento social*.

—V. vé las cosas de distinto modo que yo.

—Cómo!

—Yo creo que nunca ha estado mas segura la tranquilidad pública.

—Pues V. se engaña.

—Quien se equivoca es V.

—El gobierno ha perdido la fuerza moral; por consiguiente se vacila.

—El gobierno conserva la fuerza física; por consiguiente está firme.

—La mitad de España le condena.

—La otra mitad le salva.

—El horizonte político está muy cargado.

—V. tiene cataratas: yo no veo una nube.

—Esa baja espantosa de la bolsa ha arruinado á muchos capitalistas.

—El que juega se espone á perder.

—Las potencias del norte nos miran.

—Las del mediodía devuelven su mirada.

—Eso dice mucho.

—Eso no dice mas que tienen ojos.

—V. es un visionario.

—Y V. está llena de aprensiones.

—Inglaterra y Francia se han coaligado.

—Esa coalición es la del gato y el perro.

—V. no entiende una chispa de política.

—V. no está al alcance de los manejos diplomáticos.

—A V. lo engañan.

Y Vda. dos me han hecho perder á mí la paciencia, murmuré yo saliéndome de la luneta, á tiempo que el acto se concluía.

¿Y ahora, dónde voy? Las galerías son repúblicas mal ordenadas; cada palco es una tertulia, y cada luneta es una tribuna pública. ¿Quiénes son los que oyen la ópera? ¿Quién podrá decir mañana: yo estaba á gusto? —Estas reflexiones me iba yo haciendo, cuando vuelvo á tropezar con mi amigo *Sábelo-todo*.

—Sígueme.

—A dónde?

—Al escenario.

—Vamos donde tú quieras, con tal que pueda ver el último acto con sosiego.

—Qué te parece el tenor?

—Oh! el tenor...

—Reune buenas facultades, estension de voz, modulación exquisita, excelente parte mímica...

—Calla... pues allá arriba me dijeron que estaba haciendo *fiasco*.

—Quien tal dijo, es un bucéfalo.

—No lo dudo; pero, dime, la Obe-Rossi ¿qué te parece?

—Esta noche está fatal.

Entonces dije para mí: ¿cuál de estos dos críticos tendrá razón?

Subimos al escenario, *vera efigies* del mundo: todo oropel, mentira todo. Almacén de intrigas mezquinas, armario de trapisondas, cofre de ilusiones desnudas, todo farsa y colorite, antejuicios y lamparillas, cordeles y mamparas, mucho desenfado y poca virtud.

Mi amigo se deslizó en aquel laberinto detrás de una corista conocida suya, dejándose como suele decirse á la luna de Valencia. —¿Qué de enredos de bastidor! ¿Qué murmullos de vamballinas! ¿Qué tropezos de telones! —Apártese Vd. á un lado, que se ponga esta decoración. —Quítase Vd. de ahí, no le manche el aceite de ese quinqué. —Póngase Vd. un poco mas allá, que está estorbando. —Fuera de la escena, que se va á empezar. —Coristas al foro. —Vamos, esa campanilla.

Se alza otra vez el telón, y en vano procuro intercalarme en un buen sitio: todo se halla obstruido: no hay paso ni para la vista. —La escena se despeja. —Deje Vd. lugar hombre. —Quítase V. del medio. —Póngase usted en otro sitio.

—En la calle, dije yo algo amostazado.

Al salir tropiezo con *Sábelo-todo*.

—A dónde vas?

—Al infierno.

—Antes de que emprendas tan largo viaje, ven á servirme de padrino.

—En Dónde?

—En un desafío que tengo por una bailarina.

—Véte al purgatorio con ella.

- Me abandonas en el peligro?
 — Qué peligro ni que calabaza?
 — Eres un mal amigo.
 — Di lo que te se antoje, porque no te oigo.
 — Pues adios.
 — Adios.

Al salir á la calle me encuentro con una muralla de coches que me impide el paso. Sálvome al fin y tomo el trote hácia mi casa, diciendo con Lope de Vega.

No puede durar el mundo
 porque dicen, y lo creo,
 que suena á vidrio quebrado
 y que han de romperse presto.

Señales son de juicio
 ver que todos lo perdemos,
 unos por carta de mas
 y otros por carta de menos.

A la mañana siguiente leí en los papeles públicos que el Circo había estado brillante, que el tenor era bueno, y que las demas partes cantantes se habían lucido.

— No lo entiendo.
 A. HURTADO.

ENSUEÑOS DE UNA VIRGEN.

Bálsamo de suavidad,
 dulce, grato, voluptuoso;
 tiernísima flojedad;
 inefable vaguedad;
 profundísimo reposo;

Manso girar del ambiente;
 Mágicas ondulaciones;
 blanda, callada corriente;
 dulcísimas confusiones,
 y delectacion creciente;

Silencio, contemplacion,
 ecos, sombras, soledades...
 ¡Qué armonía! ¡qué canción!...
 En estas oscuridades
 se extravía la atencion.

¿Qué mano, qué ala sutil,
 qué hálito, qué luz pasó
 que en las sienes me rozó?...
 Es aire de ese pensil:
 relámpago que cruzó.

Las ondas suaves del mar
 cómo baten los corales
 de la orilla sin cesar!
 se oye ruido de cristales
 entre las ondas sonar.

Será voz de las ondinas
 que hacen morada en la hondura,
 ¡Vivir entre cristalinas
 espumas, con su blancura,
 á los nácaros vecinas!

Y en medio de esos albores,
 flores del agua y del sol
 con tan brillantes colores
 y con tanto tornasol...
 ¡Eas son, esas son flores!

Flor que en el aire se eleva
 y entre reflejos se mueve
 ¿qué encierra su espacio breve?
 ya que todas se las lleva,
 que esa el aire no se lleve.

Tú eres flor de mi esperanza;
 ah! te le parece tanto!
 tras ella el alma se lanza,
 ¡si vieras cuanto quebrantol
 y nunca jamás la alcanza.

No la alcanza!... que triste es
 este horizonte que veo!
 ¿pasó por aquí un deseo
 que di alaire? — En un segundo
 paró este aire á lo que creo. —

Tantos al aire le di
 que ya sin ellos estoy.
 Donde se halla el día de hoy,
 pues no alumbraba para mí
 á solas buscando voy.

Dije mal; no busco nada:
 aquella estrella argentada
 cuya luz se ve apagar,
 es mi estrella: ya apagada,
 el cielo voy á buscar.

ILDEFONSO OVEJAL.

Madrid 9 de junio de 1845.

LA PERLA DE MARENDA.

ROMANCE MACARENO

DEDICADO

A D. FRANCISCO DE SALAS.

Allí donde la hermosura
 tiene su asiento, y campos
 con la gracia sevillana,
 la andanuga Macarena.

Allí donde las mujeres,
 ya sean blancas, ya sean negras,
 tienen mas fuego en los ojos
 que el sol tiene y las estrellas.

Donde un guarda pies airado
 levanta mas polvareda
 que un escuadrón de á caballo
 y una decarga de á ochenta.

Donde la virgen Santísima,
después de rodar mil leguas
desde oriente hasta occidente,
dijo en fin "esta es mi tierra."

Allí levanta Sevilla
sus muros de tosca piedra,
mas que la miseria negra,
mas viejos que la Cuaremana.

Ostente Madrid las galas
y el fausto de su grandeza,
Barcelona sus talleres
y sus jardines Valencia.

Que en la hermosa Andalucía.
Sevilla orgullosa ostenta,
para dar envidia al mundo,
la hermosura de sus ferias.

Ved como en tropel cien majos
sobre jerezanas yeguas,
(que dejan atrás el viento
y apenas rozan la tierra.)

Con una mano en las bridas
y otra mano en las caderas,
por los Caños de Carmona,
salen, cruzan y se alejan.

Ved y envidia pecadores
la sin par Omnipotencia,
con que una moza de rumbo,
retozona y sandunguera,

Junto al cacho de su alma,
zapatero por mas señas,
sobre un calesín sentada,
se cimbra y se contonea.

Ved al rico mayorazgo,
sentado en la pesbrera,
que el tiro de seis caballos
de su barrocho (1) gobierna.

Y ved en fin al frutero,
y al vendedor de mistela,
y al aguador, y al borracho,
y al chico de la candela,

Y á los hombres que murmuran,
y á las mugeres que enredan,
y al pueblo entero que corre,
grita, anda y se jalea.

A Mayrena va Sevilla
en cuerpo y alma, y sin cuenta
brotó el camino peones,
ginetes y carretelas.

A Mayrena va Sevilla,
mal dicho, la Europa entera
va á Mayrena, porque nada
comparable es con Mayrena.

Del ancho Real ocupan
las próximas empuencias,
grandes piaras de bueyos,
lechones, potros y ovejas.

Y en medio de cien mil almas
triste un inglés se pasca
canta un francés, y un trianero (1)
mete á su jaco las piernas.

Y quien ensalza los remos
del vicho, quien los desprecia,
quien apuesta, y quien responde
con su dinero á la apuesta.

—"Veinte doblones de á cuatro
por el tordo.

—Esas monedas
aquí estan contra mi potro
castaño y viva quien venza."

Sigue á la apuesta el juicio,
y al triunfo la borrachera,
y al vino los nabajazos,
y al nabajazo la trena.

Todo es confusion, y todo
baladronadas, pendencias,
palos, gritos, risa, llanto,
bendiciones y anatemas.

Una vieja dudentada,
gitana á mas de ser vieja,
dice la buena ventura
á una muchacha triguera.

—"Cara de cielo, principia,
naciste en hermosa estrella!
¡Ay rosa del paraíso
cuántas fortunas te esperan!

Te casarás con un mozo
de muchísimas pesetas,
rubio, si te gustan rubios,
negro, si negros te gustan.

(1) Carruaje parecido á una carretela, propio de Andalucía.

(2) Habitante de un arrabal de Sevilla.

Parirás cuatro chabales,
tres varones, y una hembra
que ha de ser, como su madre
mas hermosa que las perlas.

Tendrás una enfermedad
después de cumplir cuarenta,
y si te embarcas, procura
que nunca sea en luna llena.

Permita la Virgen pura
que ningún perro te muerda,
que no te hagan mal de ojo,
ni jamás llegues á vieja.»

Así la astuta gitana
dá punto y fin á su arenga,
cuando un buen mozo á la niña
calladamente se acerca.

—¿Quiere usted prenda, la dice,
que mi personita sea
quien haga bueno el pronóstico
de ese Carcamal?...
—Se aprecia.

—Dígame usted sin desdenes,
que por mi casa, morena,
se juega limpio: si sirven
veinte y cinco primaveras,

Diez bestias en el camino
y una casa en Castilleja:
prontito y claro;—si gusto,
corriente: si nó, nagencia.»

Y la muchacha vencida
de razon tan estupenda,
toma el brazo y monta el potro
del gachon que la requiebra.

Vengan á Mayrena, y digan
cuántos entienden de ferias,
si hay feria mas animada,
ni en el mundo otra Mayrena.

Unos, aquí, de buñuelos
se atracan sobre una estera,
y otros, allá, se emborrachan,
y otros acullá meriendan.

Y otros gritan, y otros votan,
y otros cantan, y otros juegan,
y otros roban, y otros andan
de retorno con las hembras.

Y en un corro de chalanes

dos gitanos se hacen lenguas,
sobre las prendas de un jaco,
tuerto, sin crines ni muelas.

Y los vendedores gritan:
—Quién compra avellanas frescas!
—A las pasas, moscateles!
—Barquillos y biscotelas!

Antesala de los cielos,
gloria del mundo, Mayrena,
¿por qué tu feria se acaba
casi al tiempo que comienza?

¿Por qué tus contados días
no se prolongan siquiera,
hasta que las ranas bailen
mollares con castañueñas?

Mas ay! que solo en el mundo
duran del hombre las penas,
y son tus placeres muchos
para que durables sean!

Apenas su último rayo
lanza el sol la vez tercera,
si á Mayrena fué la Europa,
vuelve á Sevilla Mayrena.

Y vuelven los cuerpos buenos
á las áncas con sus prendas,
y á rodar los coches vuelven,
y á volar vuelven las ruedas.

Y suenan las campanillas,
y al trote parten las yegüas,
y gritan los mayores,
y los látigos chasquean.

Adios Mayrena, ninguno
sin verte á esperar se atreve
ver á Jesus los bigotes
ni alcanzar la vida eterna:

Porque es tu feria el camino
de los cielos, y en la tierra
no hay feria mas animada,
ni en el mundo otra Mayrena.

M. M. DE SANTA-ANA.

Editor responsable, EL LICENCIADO DON TOMAS ARAUS.

MADRID: Imprenta de EL ESPAÑOL.

A CARGO DE DON LUIS GARCÍA.—Plumero de ISABEL II.